



Una imagen muy poco común ya en el campo riojano.

Caballos sin vapor

Todavía hay quien trabaja la tierra con caballería y aperos centenarios, pero son pocos y pasan de los 70

El paisaje agrario riojano ha cambiado su fisonomía en el último medio siglo, aunque no tanto como sus trabajadores. Y bastante menos que los medios que emplean para rentabilizar la tierra. A finales de los 50 teníamos en la región el mismo número de burros que de vehículos y casi tantos caballos y mulos como agricultores. Hoy, por las 160.000 hectáreas cultivadas circulan cerca de 16.000 tractores, unos 4.000 remolques, 2.000 motocultores y cerca de 800 cosechadoras de todo tipo. Hace tiempo que por este nuevo paisaje agrario no circulan otros caballos que los de vapor. Pero alguno queda y a pocos kilómetros de Logroño. José Elías Martínez y Alejandro Nobajas, ambos septuagenarios, siguen trabajando la tierra con caballería y aperos que heredaron de sus padres: arado, mono, grada, rastra, brabán, forcate y un corto etcétera.

Texto y fotografías: **Ch. Díez**

Desde Viguera a las huertas que se alimentan del Iregua, al pie de los famosos riscos de postal turística, hay un camino serpenteante y soleado que José Elías Martínez recorre cada mañana, desde que se jubiló de la fábrica de yesos, con su yegüa, su carro y sus aperos: un arado romano, una grada y un brabán. Su yegüa Romera, de 8 años, tiene una potrita que, dice Elías, “le da mil vueltas a la madre”.

Y es que Romera es dura de oído, o discola sin más, y a José se le calienta la boca con un *mecagüen* ... unas diez veces por renque. A José vamos a dejar de llamarle por su nombre de pila, que no se reconocería ni el mismo, y en adelante será Marchena, como hasta su mujer le conoce. Bien claro lo dijo al llamar a su puerta para que diera alguna señal del marido: “Marchena hace buen rato que se fue a la huerta. Pero hombre podían haber avisado que venían para que se hubiese puesto la camisa limpia”. En la tierra la ropa limpia dura poco, incluso para el agricultor que la ve desde la cabina del tractor con aire acondicionado y no pone los pies en ella más que para enganchar o soltar aperos. Claro que, en ese caso, las manos se ensucian más que de tierra, de grasa, una costumbre de nuestro tiempo. No digamos, por tanto, del que la trabaja palmo a palmo con el sudor de su frente, en cada pisada se le hunde el pie hasta el tobillo y cada milímetro labrado es obra del esfuerzo y de un buen puñado de improperios. Marchena es de estos últimos, los que dejaron pasar las ventajas del crédito agrícola y lo de la reforma agraria les suena de oídas. La grada de siete rejas con la que deja limpia la tierra tiene cerca de cien años y se la trajeron de Ribafrecha; el brabán, unos treinta y el mono o arado romano, “vete tú a saber”. De la casa Ajuria, de Vitoria, trajo algún apero, y el resto los heredó del padre o de algún pariente al que le pareció demasiado rústico decorar el menesterero con ese montón de hierro.

Marchena nunca ha tenido tractor y así lo dice: “nunca he tenido tractor. Siempre he hecho todas las labores con el ganado”. Como todos sus vecinos ha-



José Elías posa delante de su huerto de habas, al pie del río Iregua.



Alejandro, con 77 años, no quiere pasarse la mañana en la plaza mirando al sol.

ce cincuenta años y aún menos, que hasta los setenta tampoco había tantos tractores en el campo y las caballerías tenían todavía el privilegio de calentar la casa del amo y que el amo les dedicará la última faena día. Quien no ha oído a su padre después de cenar: “voy a echarle de comer al macho” es de ciudad o no llega a los treinta. Lo mismo hay que decir de quien no se ha montado en la grupa de un caballo sin albarda ni salma, a pelo. Los hijos de agricultores de hoy en día el primer color que aprenden en el colegio es el del tractor del padre y al padre se le cae la baba cuando el niño viene de la escuela y le dice: “el tractor de mi papá es de color rojo”. Porque aunque se puso de moda el amarillo, los tractores que labran estas tierras son rojos, verdes y, últimamente, azules; según sean *masieferguson*, *jondere* o *landini*. Antes, el único color que tenía el campo era el del fruto que daba, que ya es variedad.

Pero lo que hemos ganado en colorido lo hemos perdido en diversidad lingüística, no sólo del campo, sino de cada campo, que en La Rioja hay muchos y variados. Por poner un ejemplo, a la rastra le llamaban llana en la Rioja Alta y la ribera del Ebro, tabla estaba más extendido por la Sierra y robatierras se



Romera tira de la grada, con la que se acondiciona la tierra para sembrar.



Alejandro prepara con la rastra un corro de tierra en Sorzano para sembrar caparrones.

decía en Cervera del Río Alhama al apero que, además de allanar la tierra, nivelaba el terreno, también denominado robadera por influencia aragonesa.

De rastrear o rastriar

En ello, en arrastrar o rastrear o tablear o rastriar, depende de donde se sea, está ahora Alejandro que, a sus 77 años, cada mañana y muchas tardes, se acerca a la huerta a churrear los pimientos, sembrar cuatro surcos de pepino, entresacar las lechugas o forcatear la viña. “A entretenerme un rato, que más no hacemos”, dice mientras se toma un respiro de esta bochornosa mañana de junio, en la que le ha tocado pasar la rastra en un corro de tierra que tiene a las afueras de Sorzano. De la rastra tira un caballo de dos años, vigoroso, que podía haberse llamado de cualquier manera pero se le llama Rocío. ¿Y cómo así Rocío? “Es que el otro que tuve antes se llamaba Rocío y al traer éste todos los chavales, como no hay otro en el pueblo, empezaron a llamarle Rocío y con Rocío se ha quedado”. “Ya, ¿y al otro por qué le puso Rocío, qué era yegüa”. “No, era caballo también, pero se lo compré a Rocío y ya le llamé Rocío”. O sea que la dueña del caballo se llamaba Rocío. “No, no (se ríe), era un tratante



El brabán, también llamado vertedera, sirve para arar y volver la tierra.

de categoría. No sé si era apodo o apellido". Bueno, el caso es que el caballo de Alejandro se llama Rocío y por este nombre responde cuando le dice al llegar al linde: "vuelveee Rocío". Aunque parezca un tema sin importancia, su importancia tiene porque, éste no, el anterior Rocío -"el originario", que le dice su dueño- ha trabajado con él un tercio de su vida. Son muchos años para despachar el tema en cuatro líneas, pero a Alejandro se le hace el rato largo o no le gustan los finales tristes. Así que enseñada dice: "bueno, que yo tengo que hacer mi labor y se me está pasando la mañana".

A Alejandro y José les separan apenas diez kilómetros en línea recta, aunque dan muestras de conocerse sólo de oídas. Nos dijo Marchena: "en Sorzano debe haber otro como yo. Que se ha comprado un caballo ahora y debe rondar los ochenta. Por aquí quedan muy pocos que utilicen estos aperos, algún viejo como nosotros".

Marchena tiene 72 años, una yegüa, una potra, cuatro aperos, éstos sí, viejos, una hectárea de tierra y una vitalidad que asombra. ¿Cuál es el secreto? "El único secreto que tengo es que he trabajado mucho y he dormido poco. Cuando estaba en la fábrica llevaba 49 fanegas de tierra, salía a las 10 de la noche de trabajar y me tenía que levantar muchos días a las tres de la madrugada para acudir a todo. Esa ha sido mi vida". ¿Y ahora qué, pasa toda la mañana por aquí? "Toda la mañana, no; todas las mañanas y las tardes. Pero ahora es bien distinto, lo hago por afición. Únicamente me lo paso bien y se ha terminado. Si me canso, ahí te quedas". Por la cara que pone un paisano suyo, al que esta mañana le está preparando la tierra

para sembrar unas alubias, Marchena no es de los que se cansan fácilmente: "antes se cansa la yegüa que él".

Otros tiempos

De virarlas en sepia, las estampas que nos ofrecen Alejandro y Marchena, y un puñado más como ellos, con su caballería y sus aperos estirando las estrías de la tierra, bien podrían haber ilustrado las crónicas de los años 60 y primeros de los 70, cuando La Rioja, como el resto del país, se puso un motor con caballos de vapor y dejó los de cuatro patas en la cuadra. "La agricultura tradicional, basada en un uso intensivo de la energía de origen metabólico, animal y humana, y en un aprovechamiento intensivo de los recursos que generaba el propio sector (semillas, piensos, estiércol...), ha sufrido unas transformaciones tan importantes que están haciendo dar un giro de 180 grados al carácter que tenía hasta entonces", escribían en 'El campo riojano' a mediados de la década de los ochenta. Fueron los años en los que se democratizó, que no racionalizó, el uso del tractor y despegó la productividad agraria; paralelamente, dejaron de reemplazarse en el campo los subproductos agrícolas y ganaderos y se pasó a depender de lo que los economistas llaman inputs externos: piensos compuestos, abonos inorgánicos, herbicidas y maquinaria. En todo ello, los agricultores riojanos gastan una de las cinco pesetas, ahora euros, que producen. Muchos aladros, rejas, balancines y timones de hierro sirvieron entonces para engrosar los cimientos de la nueva cochera en la que guardar el tractor. Y no es en sentido figurado.

Sin ser economista, Marchena lleva echando la cuenta desde hace muchos

años y cree que sale "así, así" si resta de los ingresos los gastos. "No saco ni para botica. Si fuera a comer de esto me moriría de hambre." Han pasado muchos años desde que le pagaban a 25 céntimos la fresa, pero todavía se acuerda. Y también de los 16.000 kilos de pepinillo que cogía su mujer, "ella solita", durante todo el verano. "Ella también ha trabajado mucho la tierra. Pero ya no se arrima". ¿Y qué le dice de que trabaje tanto? "Pues qué me va a decir, que si tengo falta de hacerlo. Cuanta más tierra llevo más riño con la mujer. No quieren, ni ella ni los hijos, que lleve nada. Y es natural, porque no sacamos nada y es cosa perdida". ¿Y qué les dice usted? "Que me dejen a mí, que yo sé lo que hago, que cuando no pueda ya lo dejaré. Es que al bar no me gusta ir y, además, soy feliz en la tierra. Me he criado en ella".

Un descuido

De idéntico parecer es Jandro, que lleva más de 50 años casado y desde los 14 en el campo, toda la vida en Sorzano. Esto quiere decir que empezó en el oficio en los años 40 y que le pilló mozo la mecanización del campo y que dejó pasar la oportunidad y queremos saber por qué: "Es un descuido que he tenido en la vida. Ha sido un error grande. Pero me iba apañando bien con la caballería y como nunca he llevado mucha tierra... Además, lo más gordo me lo han hecho siempre con el tractor y yo remato la faena con la poca herramienta que tengo. En aquellos años mis padres nos pusieron mil planes para irnos a mis hermanas y a mí, pero yo dije que me quedaba aquí". ¿Y sus hijos, han seguido su ejemplo? "No, los despaché yo. Había posibles para ello y los mandé a estudiar fuera". ¿Y qué le dicen de que siga trabajando en el campo? "Bah, no me dicen nada. Saben que para mí es un entretenimiento. Total, esta tarde bajamos un rato mi mujer y yo y sembramos este corro de caparrones y mañana, sembramos otro corro, y así pasamos los días. Estando bien como estamos, nos entretenemos un rato". "¿Qué vamos a hacer si no, estarnos en la plaza mirando al sol. Pues tampoco es plan".